

TÍTULO: VIAJE EN EL TIEMPO

El zumbido constante de los coches llenaba el ambiente de la estación ITV de Grupo Itevelesa SL en las afueras de Futurama, una pequeña localidad al sur de Madrid y cuyo director técnico era don Eduardo Silvestre.

Era finales de mayo de 2025, época crítica para la Inspección Técnica de Vehículos ya que todo el mundo parecía haber recordado de golpe que debía pasar la ITV antes de las vacaciones, y los coches se acumulaban en fila.

Aquel día, sin embargo, no era un día cualquiera. En la puerta de la estación ITV apareció un vehículo que no se parecía a ningún otro: una mezcla entre una furgoneta industrial de los sesenta, un coche deportivo y una serie de dispositivos metálicos que parecían salidos de la película "Star Trek". El vehículo avanzó dando pequeños chispazos, mientras los clientes se quedaban estupefactos a cada paso que daba.

De su interior salió un hombre de barba desordenada, gafas enormes y un pelo que parecía estar electrificado, modo Einstein.

— ¡Buenos días! —Gritó mientras agitaba la mano—. Necesito pasar la ITV urgentemente....

Héctor, uno de los inspectores que estaba por allí, parpadeó varias veces al verlo entrar.

— ¿Le conozco?

—Todavía no. —El hombre sonrió y comenzó a presentarse—. Soy el profesor Stone, físico cuántico, inventor... y viajero.

Héctor lo miró con cara de "otro loco más", pero el vehículo era tan extraño que no pudo evitar sentir curiosidad.

— ¿De qué año es esto? —preguntó dando una vuelta alrededor del coche.

—Depende, —respondió el profesor Stone—. ¿De qué realidad hablamos?

Héctor avisó a su jefe don Eduardo y a dos compañeros más, Sonia y Pedro, quienes acudieron sin mucho entusiasmo, aunque el ver la máquina se sorprendieron.

—Eso parece un transformer deprimido —murmuró Pedro.

— ¿Funciona? —preguntó Sonia.

— ¡Claro que funciona! ¡He cruzado tres continentes temporales con él! — respondió el científico.

— ¿Quiso decir tres continentes...? —preguntó Héctor.

—También. Pero no sólo eso.

Los inspectores intercambiaron miradas.

—A ver, profesor Stone —dijo don Eduardo, intentando mantener la profesionalidad—. Para pasar la ITV necesitamos comprobar frenos, suspensión, emisiones, dirección... ya sabe, lo normal.

—Perfecto, perfecto —el científico frotó las manos—. Aunque... quizá haya pequeñas particularidades.

— ¿Qué tipo de particularidades?

—Bueno, por ejemplo, el motor no funciona con gasolina ni diésel ni electricidad convencional.

— ¿Y entonces?

—Funciona con tiempo comprimido.

Don Eduardo se quedó quieto un momento.

— ¿Quiere decir...?

—Exacto, don Eduardo. Este vehículo viaja en el tiempo.

El silencio fue tan profundo que casi se escuchó cómo se evaporaba la cordura.

—Muy bien —dijo Sonia al fin—. Hoy sí que voy a necesitar otro café.

Al comenzar la inspección, las luces y ordenadores de la estación ITV comenzaron a parpadear. Los sensores emitieron pitidos irregulares y una vibración recorrió el suelo.

— ¿Esto es normal? —preguntó Pedro.

— ¡No debería! —Respondió el profesor —. ¡No toquéis el...!

Demasiado tarde. —dijo Héctor.

El motor estalló en un rugido interdimensional y un destello azul envolvió la estación ITV.

Héctor sintió cómo el aire se volvía líquido. El ruido desapareció, la luz se curvó, el mundo giró sobre sí mismo como si se tratara de una hoja en manos del viento.

Y de pronto...

¡BUM!

La estación ITV seguía ahí. Pero no era la misma.

La fachada estaba recién pintada, los coches aparcados eran modelos antiguos y un cartel anunciaba: “Taller y Desguace Luján. Año 1950”.

— ¿Qué... qué ha pasado? —balbuceó Héctor.

Pedro se ajustó las gafas.

—Creo que hemos viajado unos... setenta y cinco años al pasado.

— ¿Y cómo volvemos?

—Arreglando la avería. Y pasando la ITV, claro. —Indicó el profesor.

— ¿La ITV existía en esta época? —preguntó Sonia.

—Con otro nombre quizá —respondió Pedro

Héctor tragó saliva.

—Chicos... creo que deberíamos mantener la calma.

En ese momento salió del taller un joven mecánico con mono azul, pelo castaño y ojos azules, muy parecidos a los de Héctor.

— ¿Puedo ayudarlos? —preguntó.

Héctor palideció. Era su padre, don Elías Luján Ruiz, con apenas veinte años, que los miró con escepticismo. Héctor, que estaba a punto de desmayarse.

—Somos... técnicos itinerantes —improvisó Sonia.

—De un programa especial de inspección —añadió Pedro

— ¿Son de industria? —preguntó Elías.

—Sí, sí —dijo don Eduardo asintiendo algo nervioso—. Algo así.

Elías inspeccionó el vehículo.

—Pues no sé qué tipo de ingeniero ha hecho esta cosa... pero tiene potencial.

Héctor sonrió sin querer. Su padre siempre había dicho eso ante cualquier cacharro destortalado.

—Estamos teniendo un problemilla técnico —explicó el profesor Stone—. Necesitamos un repuesto, pequeño y algo... futurista.

— ¿Qué cosa? —preguntó Elías.

—Un condensador de flujo temporal cuántico de triple devanado.

Elías se cruzó de brazos.

— ¿Tiene foto?

—Eh... no. —El científico dudó—. Pero si me presta un soldador, un transistor, un par de chapas de aluminio y... digamos, una radio vieja... podría construir uno.

Elías lo miró un segundo.

Luego sonrió.

—Tengo una radio destrozada. Y un soldador con cable pelado. Si no te electrocutas, puede que consigas algo.

Mientras trabajaban, Héctor observaba cada movimiento de su padre joven, consciente de que un mal gesto podía alterar la historia. Pero no pudo evitar sentir un nudo en la garganta: él había heredado no solo su constancia, sino también aquellas manos firmes, aquella pasión por el mundo de automoción.

El improvisado condensador comenzó a emitir un brillo extraño.

—Perfecto —dijo el profesor—. Ahora, con cuidado, debería colocarlo aquí.

Un destello. Una vibración.

— ¿Otra vez no...? —susurró Héctor.

¡PZAAAAK!

Un nuevo salto.

Pero ahora el taller estaba abandonado, cubierto de polvo. Afuera, la calle estaba destruida, llena de carteles rotos, farolas caídas y una sensación inquietante de desolación.

— ¿Dónde estamos? —preguntó Sonia.

—Más bien... ¿cuándo? —dijo Pedro

El profesor Stone consultó un dispositivo.

—Oh, no...

— ¿Qué pasa? —preguntó Héctor.

—Estamos en el futuro... pero en un futuro donde las ITV fueron prohibidas.

— ¿Prohibidas? —repitió Héctor.

—Sí. Al quitar el control técnico obligatorio, los coches se volvieron peligrosos, hubo accidentes, se colapsó el tráfico, la contaminación se disparó... —suspiró el profesor—. Y al final, el país entero se vino abajo.

—O sea —resumió Pedro— que la ITV sostenía la civilización.

—De forma indirecta... sí —admitió el científico.

Héctor miró alrededor.

—Entonces tenemos que arreglar esto. Y volver.

—Y pasar la ITV —recordó Sonia.

—Eso también.

Entre los restos, Héctor encontró una fotografía envejecida: él, mucho mayor, junto a su equipo, sonriendo debajo del letrero: “Nuevo Centro de Innovación ITV”.

— ¿Ese soy yo? —susurró.

—Eras tú, en otra línea temporal —explicó don Eduardo—. Una donde mantuviste vivo el centro de ITV y lo transformaste en un referente.

— ¿Y ahora?

—Ahora... depende de que volvamos y arreglemos el daño.

Los cuatro siguieron buscando repuestos entre la chatarra futurista. Allí encontraron piezas avanzadas, pero inestables. Al intentar conectar una de ellas, una descarga los arrojó hacia atrás.

—Creo —dijo Sonia, recuperando el aliento— que necesitamos algo más robusto.

—Sí —murmuró Héctor—. Necesitamos la pieza original.

— ¿La del primer salto? —preguntó Pedro

—Exacto. La que fabricó mi padre.

—Cierto... ¡El prototipo artesanal podría ser más estable que las versiones modernas!

—Entonces habrá que regresar al pasado —concluyó Héctor.

—Pero... hay un problema —dijo el científico señalando el tablero—. El sistema temporal no tiene suficiente energía.

— ¿Y cómo la conseguimos? —preguntó Sonia.

El profesor Stone sonrió.

—Con una idea muy, muy loca.

El plan era simple en papel pero suicida en la práctica: usar la energía generada por el colapso temporal inminente del propio futuro distorsionado, canalizándola hacia el motor.

— ¿Es seguro? —preguntó Héctor.

—No —respondió don Eduardo—. Pero es la única manera.

Montaron las piezas, soldaron cables improvisados, ajustaron tuercas que parecían no pertenecer a ninguna época. La máquina chisporroteaba como un animal herido.

De pronto, el cielo se tornó rojo. Las estructuras cercanas comenzaron a desintegrarse como arena.

— ¡Rápido, todos dentro! —gritó el profesor.

Los cuatro subieron y el vehículo arrancó con un rugido cuántico.

Un rayo descendió del cielo y conectó directamente con el motor.

— ¡Ahora, Héctor! ¡Acelera!

Héctor pisó el pedal.

El vehículo atravesó un torbellino de tiempo partido.

Luces. Voces. Ecos. Sombras.

Hasta que...

Estaban de nuevo en el taller de 1950.

Elías Luján, sorprendido, observó cómo el vehículo aparecía envuelto en humo. Los miró fijamente.

—Sé que no sois de industria —dijo al fin.

Héctor tragó saliva.

—Señor... yo...

—Pero creo que estáis haciendo algo importante —continuó Elías—. Así que... tomad esto.

En sus manos tenía el prototipo artesanal.

—Lo perfeccioné mientras estabais fuera —dijo—. No sé qué es, pero sé que necesitáis que funcione.

Héctor no pudo evitarlo. Lo abrazó.

Elías, desconcertado, lo palmeó en la espalda.

— ¿Nos volveremos a ver? —preguntó.

—Siempre —respondió Héctor con una sonrisa triste.

Con la pieza original instalada, regresaron a su época inicial. La estación ITV estaba de nuevo en su estado normal, llena de coches y clientes.

El profesor suspiró.

—Bien, ha llegado el momento.

— ¿El momento de qué? — dijo Héctor.

—De pasar la ITV.

Mientras el profesor Stone asentía con solemnidad, Héctor tomó aire, se subió a la extraña máquina del tiempo y la colocó en la línea de inspección. Pedro activó el frenómetro con dedos temblorosos, Sonia abrió el ordenador para registrar los datos y don Eduardo aunque nervioso, intentó aparentar normalidad.

—Procedemos con la inspección —anunció mientras todos los clientes miraban como si asistieran a un espectáculo de magia.

Al finalizar, una luz verde se encendió en la pantalla.

—Vehículo apto —declaró Sonia—. ¡Apto!

El profesor Stone dio un salto de alegría.

— ¡Lo sabía! ¡Sabía que mi máquina era segura! Bueno... relativamente.

Don Eduardo extendió el adhesivo de la ITV.

—En nombre de Grupo Itevelesa SL y de la seguridad vial, declaro oficialmente que su... eh... “vehículo cronomcuántico experimental” está autorizado para circular.

Todos aplaudieron, incluso los clientes, que ya no sabían si estaban en una estación ITV o en una película de ciencia ficción.

El profesor pegó la pegatina en el vehículo con orgullo.

—Gracias, amigos —dijo con emoción sincera—. No sólo habéis salvado mi invento, también habéis salvado el futuro... y el pasado... y quizá alguna que otra realidad intermedia.

Luego miró a Héctor.

—Y tú, Héctor ... tu padre estaría orgulloso.

Héctor sintió que el corazón le daba un vuelco, pero sonrió.

—Gracias, profesor. Pero procure no provocar más colapsos temporales. Al menos no en horario de mañana.

El científico subió al vehículo, activó un par de palancas y el motor emitió un zumbido suave, estable. Por primera vez desde que apareció, no había chispas.

— ¡Hasta la próxima línea temporal! —gritó mientras la máquina desaparecía con un destello azul,

Pedro fue el primero en hablar.

— ¿Creéis que volverá?

—Seguro —respondió Sonia—. Los viajeros del tiempo siempre vuelven.

Don Eduardo suspiró y miró a su equipo con orgullo.

—Bueno... volvamos al trabajo. ¡Que hoy tenemos la fila hasta la carretera!

Héctor echó una última mirada al lugar donde había estado el vehículo. Todo estaba en orden. El futuro seguía en pie.

Y así, entre risas, anécdotas increíbles y el sonido familiar de los coches esperando su turno, la estación ITV de Futurama retomó su ritmo normal.

Un día más, sí... pero uno que ninguno de ellos olvidaría jamás.